

La crisis de la función paterna, el nuevo lugar/deseo de las mujeres y el ejercicio de la parentalidad

El escultor de barro

Yo no podré jamás ser un buen padre / con el pecho estrellado de condecoraciones / y el cuadro de un abuelo bien barbado, / modelo de mi prole. / A una mujer le brotarán mis hijos / tan milagrosamente como flores. / Llegarán preguntando a dónde vienen / desde Dios sabe dónde. / Y yo, que he estado siempre entre preguntas, / ¿qué responderé entonces? / Qué pena no poder ser un buen padre / lleno de tesis y de nombres, / con un consejo a flor de labios / y un dedo enarbolando las lecciones. / Mal puede un escultor hecho de barro / querer modelar hombres. / Ellos me pedirán para sus pasos / sendas seguras en el bosque. / —«Dejad la mano izquierda en el ocaso / y el corazón quemando el polo norte, / zaguero el sur y a la derecha el alba. / ahora que conocéis los horizontes, / marchad —diré a mis hijos— / a donde oigáis cantar los ruiseñores». / Qué pena no poder ser un buen padre / de los que todo lo conocen, / y qué vergüenza que mis hijos / se enteren por los libros de que hay padres mejores... / Les dejaré la herencia de mi frente, / un arca llena de interrogaciones. / ¿Qué van a pensar ellos / sintiéndose tan pobres? / Qué lástima tener que ser mal padre, / tan viejo y triste junto a alegres jóvenes / con la espalda curvada / de tanto cortar flores...¹.

Pedro LEZCANO

«Lo que parece más nuevo en esta descripción del oficio de la paternidad es el movimiento perpetuo que caracteriza a nuestra cultura: todo evoluciona demasiado deprisa. El padre ya no puede ayudar a su hijo escolar porque los saberes y los métodos están en mutación continua; no puede imponerle un oficio, ni siquiera una moral, por razones análogas; y cómo los papeles masculino y femenino tienden a confundirse, no puede preparar a su hijo para una virilidad semejante a la suya. Aquí llegamos al corazón del problema: preguntarse cómo ser padre es también preguntarse cómo ser hombre»².

Ivonne KNIBIEHLER

¹ Este poema del poeta canario Pedro LEZCANO fue leído como salutación del autor a los asistentes al Simposium Internacional *La figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas*, celebrado en Las Palmas de Gran Canaria en octubre de 1994 y publicado por el Gobierno de Canarias, la Universidad de Las Palmas y el Centro de Orientación familiar de Canarias 1995.

² Con estas reflexiones termina Ivonne KNIBIEHLER el capítulo «Padres, patriarcado, paternidad», que Silvia TUBERT rescató para el libro *Figuras del padre*, del que fue editora: Madrid, Cátedra, 1997.

He escogido, como referencia para el desarrollo introductorio de este trabajo, las palabras de un poeta reflejando su sentir paterno, y las reflexiones de una estudiosa de la familia que, curiosamente, resultan muy apropiadas para analizar algunas de las razones de ese sentir.

1. *Para comprender el presente: introducción histórica de la evolución de la familia*

Una inquietud recorre los estudios de los sociólogos, de los historiadores de la familia, y se hace clamor entre los profesionales de la psique, los trabajadores sociales e incluso los operadores jurídicos: *el decaimiento de la figura del padre*. Padres ausentes, padres «terciopeplos», padres «huidos», padres «débiles», padres «rígidos», padres «invisibles», padres «distantes», padres «desvanecientes». ¡Cuántos adjetivos para hablar de un fracaso! Pero ¿es éste un fracaso reciente? ¿No están esas voces de alarma escondiendo, velando, *negando* defensivamente que *ese padre –deseado–* que presuntamente ha *decaído* no haya existido nunca en la realidad sino sólo en tanto *símbolo*?

La referencia histórica a la figura del padre no nos remite a un sujeto, ciertamente más poderoso, pero con el que se vivía e intercambiaba amor, comunicación, sino a una instancia, una figura que fundamentalmente disciplinaba y prohibía (el acceso a sus privilegios), un Amo absoluto, que también dominaba –sustancialmente *no amaba*– a la madre y que en tanto inasequible emocionalmente y objeto de temores más reales que los englobados en el llamado por el psicoanálisis *temor de castración*, ha representado un modelo de identificación muy controvertido para los hijos varones, cuyas fallas han tratado de paliar tantos ritos, instituciones, etc. Cuando se habla, en la actualidad, de decaimiento de la figura del padre, se está hablando de *ese padre*, cuyo declive, con otros factores asociados, está en la raíz de la transformación paulatina que la familia de los países occidentales ha ido sufriendo en los últimos tres siglos.

Por un lado, la Revolución francesa y, por otro, la Revolución industrial supusieron un cambio drástico fundamentalmente en el estatus de la figura paternal, ya que tanto económica como legalmente el padre perdió el sustrato sobre el que basaba su poder, que le consentía incluso denunciar y encarcelar a sus hijos si no se sometían a sus dictados. Una demostración de la preocupación de los «hijos de la época» por cambiar el comportamiento paterno fue que el ejercer de «buen padre» figurase como uno de los deberes en la Constitución francesa de 1795 (PHILIPS, 1995; RODRIGO, 1995; TUBERT, 1997; KNIBIEHLER, 1997).

La lucha contra el absolutismo monárquico llevó aparejado el cuestionamiento del autoritarismo y la arbitrariedad en el ejercicio de la paternidad, refrendado por las leyes de la época; transformación que fue hecha posible, a su vez, por la paulatina pérdida de poder económico/la autoridad del padre a causa la división de la propiedad familiar, la progresiva salarización que supuso la industrialización, la separación trabajo-hábitat, la migración y consiguiente desarrollo de las urbes... La consolidación de los regímenes democráticos en el mundo occidental, después de la Segunda Guerra Mundial –en España tuvo lugar con treinta años de retraso– acabó de erosionar las bases sobre las que se sustentaba el status paterno.

Todos estos cambios contribuyeron al paulatino destronamiento, en el referido ámbito geográfico-político, del «Amo» familiar, que ostentaba un poder absoluto sobre la mujer y todos sus descendientes, y cuyos últimos coletazos están siendo visibilizados en algunas familias de los países desarrollados del siglo XXI a través de sus manifestaciones más dramáticas (la ahora denominada violencia de género). La progresiva incorporación de las mujeres al trabajo asalariado, el descubrimiento de los anticonceptivos –que permitió una mayor libertad femenina en el control de la propia vida–, y los cambios culturales que han acompañado tales transformaciones dibujan una familia en la actualidad muy lejana a su antecesora, en cuanto a los roles desempeñados, aunque conserva, a mi parecer, algunas de las fallas y conflictos que subyacían a ella, y que están íntimamente relacionados con la permanencia de la diferencia de poder, vigente en todos los ámbitos (económicos, políticos, sociales, culturales) entre los hombres y las mujeres.

Tal diferencia de poder continúa expresándose a nivel simbólico y tiene su reflejo en el mundo intrapsíquico: lo considerado valioso, la supuesta potencia, ha sido/es adosada a la masculinidad y lo devaluado, a la carencia, a la feminidad. Ello ha comportado/comporta una conformación de identidades masculinas y femeninas netamente diferenciadas en función del género –sin menoscabo de la fundamental subjetividad única de cada ser humano–, que se manifiestan también, de modo llamativo, en la configuración de la pareja heterosexual y en el ejercicio de la paternidad y la maternidad.

De las paternidades y maternidades, debemos precisar, porque lo que resulta evidente a partir de la observación de la realidad, de los estudios sociológicos en torno a los diversos tipos de familia existentes en la actualidad, de la práctica clínica también, es que estamos en un período histórico en el que conviven formas antiguas con formas nuevas y muy diversas.

Tal tendencia está vinculada a las transformaciones actuales en relación a la nupcialidad y la natalidad: el aumento de hijos habidos fuera del matrimonio (madres solteras, parejas no legalizadas –frecuentemente menos estables–, adopciones/reproducción asistida en parejas lesbianas...), además del aumento de separaciones/divorcios, después de los cuales en torno al 90% de los hijos e hijas permanecen residiendo junto a la madre y un porcentaje muy alto de los mismos, que varía según los países e incluso las razas, disminuye de modo dramático o pierde totalmente el contacto con su padre (GAUNT, 1986; VARENNE, 1986; HERNÁNDEZ, 1988; SULLEROT, 1992; FLAQUER, 1995; COIRO & EMERY, 1998).

De los estudios se concluye que las posiciones y las subjetividades parentales pueden ser muy diversas: padres patriarcas, padres débiles, padres invisibles, padres satélites, «*nuevos padres*», madres «a tiempo completo», madres trabajadoras asalariadas, madres *matriarcas*, madres sometidas, madres satisfechas, madres carentes, etc. pero resulta llamativo el reforzamiento (refrendado por la práctica judicial) de una constante: la célula familiar básica, la que permanece en medio pesar de todas las crisis y cambios, es la constituida por la vinculación madre-hijos/as.

Sin embargo, a diferencia de cuanto sucedió con el Padre-Patriarca, paradójicamente la centralidad de la Madre –que algunos pueden llegar a traducir como *matriarcado* y ahí el imaginario materno está jugando su papel– no se apoya ni lleva aparejado un poder socio-económico femenino, es más, tal posición, especialmente cuando el padre no está presente (porque nunca estuvo o dejó de estarlo) suele entrañar un fundamental factor de incidencia en lo que se ha dado en llamar «la feminización de la pobreza», y aumenta asimismo la previa exclusión de las mujeres del mundo *público*: del poder político, económico, social, cultural.

Y es, precisamente, esa paradójica y generalizada exclusión –en mayor o menor medida– de todas las gratificaciones ajenas a la maternidad lo que nos permite entender, en buena parte, qué está sucediendo en el interior de la pareja y la familia, así como aproximarnos a comprender los conflictos, dificultades y resistencias de los padres y las madres –de los hombres y las mujeres– para afrontar un cambio profundo en su modo respectivo de vivir la paternidad y la maternidad.

Las posiciones parentales de ambos progenitores están marcadas por un factor fundamental: la paternidad tiene para el hombre un significado subjetivo muy diferente que la maternidad para las mujeres, lo cual es una consecuencia de la representación simbólica en base a la que nos hemos configurado ambos sexos: el Hombre auto-represen-

tado como el Sujeto Único, presuntamente pleno y potente; la mujer significada como carente-devaluada: el objeto – la otra – la madre y definida/moldeada para satisfacer los deseos de los varones y exorcizar sus temores.

Representación que contrasta con las creencias/vivencias que hombres y mujeres tuvieron en los albores de la humanidad en relación a la procreación. Las mujeres eran consideradas únicas generatrices, ya que se desconocía la conexión del acto sexual con la fecundación y se vinculaba ésta al contacto de la mujer con diversas fuerzas de la naturaleza, por lo que fueron representadas como Potencia: las Grandes Diosas, señoras de la Vida y de la Muerte, de la mitología antigua, dan cuenta de tal vivencia arcaica, paralela, en cualquier caso a la de los hijos/as en los primeros años de la vida en relación a la figura materna, de la que también puede ser reflejo. Los hombres se vivían ausentes del proceso, sin ninguna participación en la reproducción, imposibilitados, por tanto, para ser padres, para tener descendencia directa, para continuar la especie: extremadamente carentes, pues³.

El descubrimiento del hombre de su participación en la procreación supuso para el varón su rehabilitación narcisística, hasta tal punto que el consecuente engrandecimiento masculino le llevó a arrebatar y expropiar a la mujer de su capacidad biológica para privilegiar la línea y el poder paterno; de modo que, a lo largo de la historia, los hijos que las madres han parido y criado han sido, sobre todo, «los hijos del padre», ya que han transmitido sólo el apellido, la genealogía paterna. Asimismo, la figura poderosa del *hermano de la madre* en las sociedades con matrilineales tenía la función de apropiarse de la capacidad generativa de las mujeres, ya que eran también ellos los jefes de la familia, los transmisores de la Ley y la herencia, quienes ejercían la que hoy denominamos *función paterna*. En la historia de la familia occidental, la *patria potestas* del Código Romano vino a legitimar jurídicamente el poder paterno durante milenios.

De este modo, la potencia, la plenitud, colocadas inicialmente en el cuerpo femenino, dieron paso, así, en la historia de la humanidad, a la *inflación* masculina, al identificar/fantasear, *imaginar*, al hombre como detentador del emblema fálico (identificar pene y falo), símbolo de Poder y Completud.

Las consecuencias derivadas de tal representación en la subjetividad, negadora del límite inscrito en la naturaleza humana –en los hom-

³ Giuditta LO RUSSO (1995) hace en *Hombres y Padres* un exhaustivo análisis de esta importante cuestión.

bres y en las mujeres— que es proyectado masivamente de modo exclusivo en la mujer, son las deficitarias identidades con que nos enfrentamos. De un lado, la deificada estatua masculina, con pies de barro, que es «cimentada» gracias a la posición sometida/desvalorizada/dependiente de la mujer, devenida espejo autodevaluado que le proyecta al varón una imagen engrandecida de sí mismo (le sostiene el narcisismo: la supuesta posesión fálica). Del otro lado, el (sentimiento de) vacío de la mujer, en búsqueda ansiosa de la mirada/deseo del Hombre para existir y, sobre todo, del Hijo para llenarse, y/o de los diversos maternajes para obtener poder/gratificaciones narcisísticas: encarnar la Madre (Buena) Omnipotente.

En estas constelaciones psíquicas se inscriben las paternidades y maternidades actuales, que enraízan, en muchas de sus características y dificultades, en sus carencias y excesos, en sus comportamientos defensivos, con los pormenores y la diversidad de la evolución descrita.

La variedad de posiciones y de vivencias subjetivas están relacionadas con las modalidades individuales de elaborar la propia historia personal que, en cualquier caso, va enmarcada en un período histórico, en el que se han producido cambios muy profundos en relación a épocas anteriores, pero no lo suficientemente radicales, como para hacer desaparecer algunas de las fallas sustanciales que han caracterizado las identidades masculinas y femeninas, la pareja humana y, por tanto, la maternidad y la paternidad.

2. *La paternidad y la identidad masculina: la censura de la subjetividad paterna*

«Mal puede un escultor hecho de barro / querer modelar hombres.
/ Ellos me pedirán para sus pasos / sendas seguras en el bosque».

«... preguntarse cómo ser padre es también preguntarse cómo ser hombre»

Entresaco las palabras de Pedro Lezcano y de Ivonne Kniebiehler para iniciar este apartado, porque expresan, con notable lucidez, la matriz de la problemática de la paternidad, en cuanto experiencia que enraiza —también la maternidad, naturalmente— con lo más profundo de la propia identidad. ¿Qué podemos decir de la configuración de la identidad masculina que nos permita entender las dificultades de los hombres en su devenir padres?

Para comenzar, es fundamental señalar un factor clave, a mi entender poco analizado, y que marca la realidad psíquica/la vida de los hombres: la identidad masculina se configura en la necesidad de separarse/distanciarse de la madre, de todo lo vivenciado con ella en los primeros años de la vida y de lo que la madre, la mujer, se ha visto obligada a representar –*la feminidad*– que es connotada de modo devaluado y en oposición a la cual se configura *la masculinidad*, a la que se le adscribe una supuesta superioridad.

Tal precaria «construcción» (correspondiente al binomio fálico-castrada, que Freud señalara) va a suponer que la identidad masculina se configure de modo defensivo, *en oposición a*, y, por tanto, dominada por la negación de la dependencia, la fragilidad, la vulnerabilidad que representan los sentimientos más primitivos de todo ser humano y que se vivencian de modo más acusado en los primeros años de la vida. Etapa ésta en que la propia existencia, la satisfacción de las más elementales necesidades –emocionales y materiales–, están en completa dependencia del Otro, la Madre que, por tanto, representa el Poder absoluto (Vida y Muerte: Amor y Temor), poder que será adscrito al Padre posteriormente, en consonancia con todo el proceso histórico-simbólico señalado, como el psicoanálisis ha descrito exhaustivamente.

Con la negación de tales sentimientos, al colocarse del lado de una presunta Potencia, seguridad, fortaleza, independencia, el varón rehuye la introspección, la atención a la subjetividad (la propia y la de los otros) porque la «mirada hacia dentro» le descubriría la falacia de su posición. Los siguientes mecanismos defensivos le servirán de refuerzo para mantener alejados de la conciencia sus temores más profundos, que le remiten a la profunda vulnerabilidad inscrita en la naturaleza humana, susceptible de ser revivida en tantas experiencias de la vida: el rechazo, el abandono, el fracaso, las pérdidas, y la más inexorable, la muerte.

– *La represión*: de las propias emociones, en especial de las que le hacen revivir la angustia en sus diferentes formas. Los diversos miedos deben ser sepultados, porque su concienciación le remitirían a los sentimientos de debilidad, inseguridad, dependencia, incapacidad... que se pretenden negar.

– *La autoafirmación/el dominio*: el autocontrol y la exaltación de la razón, la fuerza, la asertividad, la individualidad... La propia autoafirmación y la presunción de la propia superioridad como varón precisan del control-dominio-desvalorización de la mujer, cuya identidad es conformada «a la medida», para satisfacerlo/servirlo a él, con la imprescindible función de proteger/reforzar el narcisismo masculino.

– La *proyección* en las mujeres de lo vivido como «negativo», «peligroso», es decir, de los sentimientos temidos descritos más arriba: la debilidad, dependencia, inseguridad, emotividad, que son identificados a la *feminidad* y, por tanto, representados como contrarios a la virilidad, constituyendo el sustrato de la *huida de la feminidad* masculina: el auténtico pánico que despierta en muchos varones el «parecerse a las mujeres», la posición femenina, el ser considerados «cobardicas», «gallinas» «nenitas» o, ya directamente «afeminado» o «maricón», expresiones éstas en las que aflora del modo más descarado el *temor de castración*. En definitiva, una manifestación de lo que he denominado en otro lugar (GONZÁLEZ DE CHÁVEZ, 1998) «el efecto boomerang del falo»: el tener que *aparentar*, aparecer, demostrar permanentemente, simular que se es potente, valiente, decidido, capaz, firme, autocontrolado... para sentirse fuertes y, por tanto, diferentes, superiores a las *débiles* y subordinadas féminas. La huida de lo femenino acaba abarcando también las actividades desarrolladas tradicionalmente por las mujeres: las tareas de servicio y cuidado, que, aún cuando estén profesionalizadas (remuneradas, aunque precisamente por «femeninas», mal remuneradas) son rehuidas también por los varones y, presumiblemente, no sólo por su devaluación en términos económicos, sino por la connotación minusvaloradora que conllevan y/o por los sentimientos que puedan despertar: inferioridad (en las de servicio), angustia o inadecuación (en las de cuidado).

– La *agresividad y la culpabilización* al «otro/a» como mecanismo de afrontar/responder a la frustración y los conflictos. La violencia masculina en sus diferentes manifestaciones: la juvenil, la denominada «de género», incluso la paternal, son expresivos exponentes del recurrente uso de este comportamiento por parte de los hombres, con el fin de evitar la concienciación, el (auto)cuestionamiento o evidenciación ante el otro/la otra de la propia fragilidad, inseguridad, rabia, miedo, insatisfacción, incapacidad personal..., que se viven como fracaso de la propia identidad como varón y/o como padre. El aumento de la violencia social de los varones puede estar señalando su profunda crisis, sus sentimientos de desamparo e indefensión, su desorientación, desasosiego y angustia frente a una enorme competitividad/precariedad en el terreno socio-económico –la «ley del más fuerte» avanza sin freno–, y frente a una sociedad cambiante en sus valores, en especial en lo atinente a la relación entre los sexos y la paterno-filial. Transformaciones estas últimas que son consecuencia del nuevo lugar que las mujeres –también los hijos– quieren ocupar/ocupan y de la construcción por parte de éstas de una nueva identidad como mujeres, en la que reivindican libertad y derechos para sí mismas como sujeto, lo que supone

una subversión del papel jugado hasta ahora como amortiguadora (o, más brutalmente, como chivo expiatorio) de los conflictos vividos por/entre los varones o con la pareja y los hijos.

Llegados a este punto, cabe preguntarse, ¿qué consecuencias ha tenido/tiene esta *construcción* de la masculinidad así como los procesos actuales de cambio en la vivencia y el ejercicio de la paternidad? Y viceversa ¿qué efectos ha tenido la histórica forma patriarcal del ejercicio de la paternidad en la conformación de la identidad de los varones? Ambas cuestiones están estrechamente entrelazadas, en una mutua retroalimentación circular.

Como hemos descrito, el Patriarca familiar era, ante todo, un Padre Social, representante del Poder y la Ley frente a los hijos, pero poco/nada ejerciente como padre emocional y cuidador. Su *función paterna* era realizada desde ese lugar y la identificación de los hijos a tal patriarca pasaba por la sumisión durante la infancia, y la *identificación con el agresor* después –sin abandonar la sumisión frente a los poderosos–, apenas ingresaban en el *grupo superior* de los varones. El ejercicio del poder sobre todas/todos los considerados inferiores les ha permitido a los varones velar/escatimar defensivamente tal precaria identificación con el padre, más basada en el temor que en el vínculo emocional: el afecto, el cuidado, la comunicación...

Si bien esa identificación con un Padre potente permitía la interiorización de sus preceptos y prohibiciones en forma de conciencia moral autónoma (la estructuración del *Super yo*, de la que habla el Psicoanálisis), proceso del que se ocuparon ampliamente la llamada escuela de Fráncfort (Adorno, Fromm, Horkheimer) en su famoso libro *Estudios sobre la autoridad y la familia* (1936), y al que retornaron más tarde ADORNO Y HORKHEIMER en sus *Lecciones de Sociología* (1953-54), aludiendo ya entonces a la «debilidad del padre», analizada también como consecuencia de su nuevo status socio-económico y laboral, en la línea de lo comentado más arriba. Escribían tales autores que tal debilitamiento paterno podía conducir: bien a la búsqueda de un padre fuerte, potente, como el que producen las ideologías autoritarias; o bien, el padre podía ser sustituido por poderes colectivos (grupos religiosos, deportivos,...) lo que conllevaría la tendencia a someterse a cualquier autoridad, a los valores detentados por determinados grupos (incluso mediáticos, podríamos añadir hoy).

También es ilustrativo el análisis que Mitscherlich hacía en los años setenta sobre el «empalidecerse de la imagen paterna», donde acuñaba la expresión de «padre invisible», y que complementan el de Adorno y Horkheimer: «A la glorificación del padre –y de la patria!– sigue un «odio socializado del padre», la «repulsa del padre», el extra-

ñamiento con sus consecuencias psíquicas: «miedo» y «agresividad». Curiosamente estos análisis cobran vigencia y nos aportan datos para reflexionar sobre el sustrato psíquico al que remiten tantos fenómenos colectivos actuales.

Por un lado, el apoyo a líderes políticos autoritarios de los que se espera sobre todo *carácter, firmeza, agresividad* –más allá incluso de los valores que representen– y a los que se someten sus acólitos sin fisuras (basta echar una ojeada al funcionamiento interno del PP, devenido en nueva monarquía absoluta *aggiornata*, donde el jerarca designa candidatos-herederos, no por línea sanguínea, sino por garantía de sometimiento a su persona, mientras *la corte* aprueba con unanimidad por *temor* a ser expulsada de ella).

Por otro, los fundamentalismos religiosos, las sectas, el seguimiento acrítico de los jóvenes (o adultos *infantilizados*) respecto a modelos, fenómenos sociales e incluso programas televisivos, como puede observarse en la promoción del éxito y dinero fácil que subyace a las Operación Triunfo, Gran Hermano, Beckham y compañía, las tertulias de *despellejamiento* de personajillos públicos... en los que determinados valores y conductas acaban siendo promovidas de modo «teledirigido» y seguidas de modo masivo.

También en los años cincuenta, un conocido teórico de la familia, Talcott Parsons, aludía a otras consecuencias que generaría la *ausencia* paterna en la masculinidad de los hijos: una intensa *fijación* a la madre y la consiguiente necesidad de desarrollar una *masculinidad compulsiva*, que le impelerían a interesarse por pruebas atléticas, proezas físicas, en definitiva por actividades valoradas en las que destacarían sobre las mujeres. Podríamos ponerle nombres actualizados a esas obligadas proezas masculinas señaladas por Parsons –a las que aludimos anteriormente denominándolas *efectos boomerang del fallo*–, que conservan, sin embargo, el mismo sentido: el fisioculturismo, la pasión por el automovilismo, motociclismo, otros deportes y actividades de riesgo en general, que generan, por ejemplo, la mayor causa de mortandad en jóvenes (4 veces más en los varones que en las mujeres), debido a accidentes de tráfico por exceso de velocidad e imprudencia temeraria.

Pero lo llamativo del análisis de Parsons es que las conductas masculinas a que alude no son novedosas, ya que no se diferencian en su significado de las llevadas a cabo en los llamados *ritos iniciáticos*, presentes en todas las culturas, incluso las más ancestrales, y que constituyen prácticas ritualizadas –a menudo terriblemente cruentas– destinadas a los jóvenes varones, para simbolizar su ruptura con la infancia y el vínculo materno, a fin de entrar a formar parte del mundo masculino adulto.

La superación de difíciles pruebas ha constituido siempre, y no solo recientemente a causa de la *ausencia* del padre, sino también cuando predominaba el Padre Patriarca, una condición impuesta a (interiorizada por) los jóvenes para acceder/demostrar su virilidad, para remarcar su alejamiento/rechazo del mundo materno/femenino, cuya pérdida es vivida, sin embargo, con una profunda y negada ambivalencia: el deseo y simultáneamente el temor del «*retorno al origen*». Son muy diversos los ritos, costumbres, comportamientos, actitudes... que remiten a la anteriormente mencionada *huida de la feminidad* pero todos tienen la misma finalidad: remarcar la virilidad, acentuar la identificación con el grupo de los varones y la ruptura con el mundo materno.

«Cuando los niños tienen que ocultar sus sentimientos de miedo e indefensión para ser aceptados como ‘hombres de verdad’, están aprendiendo a arriesgarse innecesariamente, lo que pondrá en peligro la vida y la salud, tanto la suya como la de los demás. Estas lecciones aprendidas en su infancia y adolescencia pueden llevarles a conducir a ciento sesenta kilómetros por hora, a ir entusiasmados a guerras innecesarias o a enviar a otros a la guerra» (MIEDZIAN, 1991: 312).

Este análisis nos permite vislumbrar la enorme fragilidad, ancestral y actual, del soporte identitario de los varones, necesitados siempre de ese reforzamiento consuetudinario y de tantos símbolos externos –la parafernalia fálica– para sentirse seguros, para apuntalar la propia identidad como Hombres. Esta ancestral fragilidad no parece estar basada en esa moderna *ausencia, invisibilidad, debilidad* del padre... como pretendían analizar de modo tan alarmista los diversos estudiosos varones durante todo el siglo pasado, sino que remite seguramente a otra cuestión fundamental: la difícil identificación con una figura paterna que, antes y ahora, por motivos diversos, ha resultado o resulta muy deficitaria como modelo de identificación.

Si para «conformar varones» tanto el Padre Patriarca, muy presente y poderoso en la familia, como el *padre invisible, débil* han precisado/precisan de tantos rituales, permanentes, compulsivos e incluso sangrientas/mortíferas demostraciones de hombría (sirvan de recordatorios los duelos a muerte por honor o las crueles tradicionales novatadas en los internados masculinos, en las fuerzas armadas, o incluso la llamada «valiente hazaña» del soldado con *espíritu de guerra*, merecedora de tantas medallas/reconocimientos...) que han constituido mecanismos de reforzamiento identitario de los varones, al parecer imprescindibles, dada su extensión en todas las culturas y en todos los tiempos, evidentemente estamos ante un problema mucho más antiguo que el de la más reciente *ausencia, crisis paterna*.

Parece evidente que el status paterno en la familia ha cambiado sustancialmente, pero permanece indeleble, con otros matices cierto, el conflicto en la relación padre-hijos/as, ya que buena parte del problema radica en la significación de la masculinidad/la paternidad, y sus repercusiones en la *calidad* de la relación paterno-filial, relación que seguramente habría presentado un sesgo muy diferente si hubiera sido considerada igualmente tarea masculina la atención física y emocional en relación con los hijos/as desde los primeros días de la vida... y *también en relación con las mujeres*, cuestión ésta última fundamental y sobre la que tornaremos más adelante.

Pues la representación tradicional de la masculinidad-paternidad ha conllevado una serie de factores que han interferido en la relación del hombre-padre tanto con la mujer como con los hijos: la concepción de que el deber de impartir disciplina es una obligación fundamentalmente paterna y que la expresión emocional, la demostración de vulnerabilidad y el abandono íntimo pueden significar un menoscabo de la virilidad y una derivada pérdida de autoridad. Ello ha conllevado, por una parte, la necesidad de primar en el comportamiento paterno la dureza, la distancia, la imposición de normas, el control; por otra, la autocensura, la represión de las manifestaciones de ternura, de las caricias delicadas, la tonalidad dulce de la voz, las expresiones emocionales en que no median las palabras sino el contacto corporal, los aspectos lúdicos más regresivos... todas ellas manifestaciones privilegiadas en las relaciones humanas, tanto en los primeros años de la vida de los hijos e hijas como en el encuentro afectivo-sexual con la pareja.

Esta dificultad emocional es resultado de la forzada/traumática separación de la madre –cuyo vínculo es vivido como amenazador para la integridad de la propia individualidad–, de la consiguiente amputación de los sentimientos que le conectaban a ella (bautizados como *femeninos* a fin de expulsarlos para siempre de sí mismo), y de la difícil identificación con un hombre-padre carente como tal (cualquiera que fuera su status), un «escultor hecho de barro» que difícilmente podrá «modelar hombres» y ayudar a sus hijos, cuando «le pedirán para sus pasos sendas seguras en el bosque» (como expresaba el poema de Pedro Lezcano) porque está sumergido él mismo en muchas angustias e incertezas: sus propias pérdidas y amputaciones, sus preguntas sobre quien es en realidad como hombre, además de las tantas y tantas cuestiones que nos inquietan como seres humanos...

El siguiente texto de un «hijo», profesor de la Universidad de Harvard y estudioso de la relación hijo-padre, describe, de modo muy ilustrativo, algunas de estas cuestiones:

«Las actuales situaciones familiares están reabriendo asuntos de separación y pérdida que no han sido trabajados por los hombres en su proceso de desarrollo. Estos asuntos se centran en nuestra propia vulnerabilidad y dependencia como hombres; inseguridad respecto a nuestra identidad e incertidumbre de lo que significa ser hombre; y es la necesidad de apoyo y seguridad que muchos de nuestros padres escondieron bajo la superficie ordenada de la familia tradicional y que traspasaron a sus hijos. Hoy en día las exigencias normales de la vida familiar están poderosamente influidas por las experiencias tempranas de los hombres con sus padres y madres, y por las lecciones aprendidas de aquellas experiencias acerca de lo que significaba ser hombre» (OSHERSON, 1986).

He denominado *censura de la subjetividad paterna* a la negación de todo ese conjunto de vivencias, que retrotraen a las relaciones más primarias de la propia historia personal y también al modelo cultural de la masculinidad, que se corresponde con una censura cultural, interiorizada individualmente, del *sentimiento de la paternidad*. Ésta se traduce en la ausencia absoluta de expresión cultural-simbólica de la paternidad como experiencia real, vivencial, subjetiva de los hombres en el momento presente: no existe en la actualidad ningún símbolo ni código cultural que represente, dé cuenta del sentir y deber-actuar paterno, ni incluya un Ideal paterno en el modelo de masculinidad como sucede llamativamente con el Ideal materno en la conformación de la femineidad.

En el pasado, la paternidad ha contado con todo el apoyo legal y consuetudinario (en el que pueden incluirse algunos de los ritos de la *couvade*) que suponían un reconocimiento/refrendo de la posición incuestionada del poder paterno/masculino dentro y fuera de la familia. Pero, con el decaimiento del modelo del patriarca, ha emergido la dificultad de buena parte de los padres para: 1) Adaptarse a la pérdida de la autoridad absoluta y redimensionar su papel en consonancia con las reales aportaciones de ambos padres (en el ámbito económico, laboral, trabajo doméstico, emocional), y para ser capaz de sustituir el autoritarismo con los hijos por la firmeza. 2) Acomodarse a los cambios (de valores, aficiones, reivindicaciones de derechos) que le plantean la mujer y los hijos e hijas. 3) Integrarse en la dinámica familiar no tanto con el mando como con la cooperación, la responsabilización, la cercanía emocional, el asesoramiento no coercitivo.

Existe, pues, como hemos visto, una enorme alarma social por la crisis/ausencia de una función paterna histórica –radicada exclusivamente en una identificación temerosa a un Padre poderoso– que las diferentes orientaciones de las áreas psicosociales han definido como

de Disciplina/Orden moral, Ley/Prohibición (en relación con el incesto y la individuación-culturalización), Modelo de identificación... según los aspectos a los que han dado prioridad.

Ello parece estar estrechamente relacionado, en la familia evolucionada actual, con la dificultad de construcción de un nuevo código cultural que represente, haga posible, la conformación de una nueva masculinidad-paternidad, que permita la existencia de nuevos hombres capaces de integrar la capacidad/el deber del cuidado físico y emocional –paternaje–; ya que buena parte de los padres, a diferencia de cuanto le sucede a la mayoría de las mujeres, no sienten (el ejercicio de) la paternidad como un aspecto esencial de sí mismos y pueden abdicar de su papel, *huyendo* incluso, aparentemente sin gran culpabilidad –al menos consciente–, si ésta les conflictua mucho.

Y cuando huyen es porque los conflictos suelen ser muy profundos, ya que están vinculados, por una parte, al modo en que ha elaborado su historia personal como hijo, por otra, a cómo está ubicado en la relación con la esposa-madre, ya que, como afirmaba CLERGET (1992), el lugar paterno no existe sino por el vínculo que un padre mantiene con la madre, quien «da padre» a su hijo. Y ese difícil lugar, que no le viene dado por su otrora *inflacionado* papel biológico, sino que le remite –nuevamente, angustiosamente– a la dependencia del vínculo con una mujer, deja al descubierto, una vez más, al *escultor hecho de barro*, propiciando la huida negadora en lugar del acercamiento o la adecuación a (el deseo de) la Otra, una mujer que reivindica cambiar su posición de objeto (de demandas sin fin = madre) a la de sujeto, aunque también, a veces, sólo se ubica como Gran Madre.

Analizaremos más adelante las consecuencias de todo ello en las diversas formas de vivir/ejercer la paternidad que se están dando en la actualidad. Pero, para afrontar esta problemática en toda su profundidad, deberemos adentrarnos antes en el análisis de la vivencia de la maternidad para las mujeres.

3. *La maternidad y la identidad femenina*

La identidad femenina se configura, por una parte, en la indiferenciación de la madre/del modelo materno, configurado éste en base al arquetipo de una Madre Buena imaginaria y, por otra, en la devaluación de la mujer/lo femenino, en consonancia con la simbolización/representación en la cultura (masculina) de la mujer como carencia (castrada, encarnadora de la falta, analiza el Psicoanálisis) y que es la expresión de

la supremacía del varón y el sometimiento/desvalorización de la mujer en todos los ámbitos sociales, tal como hemos descrito precedentemente.

Tal desarrollo de la conformación de la identidad de la mujer ha estado basada en:

– El desarrollo de un «yo en relación» y de la capacitación que esta socialización femenina conlleva para reconocer las emociones propias y de los otros, así como la disponibilidad para atender las necesidades ajenas. La satisfacción, la respuesta emocional de agradecimiento y la consecuente dependencia que procura en los otros provocan en la mujer lo que denominaré las gratificaciones en el cuidado, que condicionan siempre la dependencia del (*amor de*) otro/s para definir la propia identidad y el propio valor.

– La indefensión aprendida: la dificultad para ser asertiva, para afirmar las propias necesidades y deseos (en especial los sexuales), para expresar la ira y la disconformidad con el statu quo, para afrontar las dificultades, en suma, para controlar la propia vida. Junto a esta característica debemos igualmente mencionar el denominado «miedo al éxito», término con que se describe la dificultad de las mujeres para aspirar a categorías o posiciones que suponen responsabilidades de mando y ejercicio del poder. La etiología de estas características ya han sido ampliamente desarrolladas en otro trabajo anterior ya citado, al que remito.

– La autodesvalorización/sometimiento: Las mujeres han hecho propia la descalificación y devaluación de que han sido objeto por la cultura masculina, en un clásico proceso de interiorización de la dominación, que ha sido descrito por otros autores para explicar igualmente la psicología de los pueblos colonizados. Este mecanismo supone la atribución de todas las categorías *consideradas valiosas* al grupo dominante, mientras quedan adjudicadas al propio todo lo que los *autodenominados superiores* representan como carente de valor. La consecuencia más inmediata de este sometimiento es, a nivel intrapsíquico, la internalización de la agresividad, y, a nivel interpersonal, la sumisión en relación al varón y la manipulación como mecanismo de responder a la dominación, pero con la consecuente frustración y conflictos. Consecuencia también de la desvalorización es el denominado *ideal maternal*, expresión del *ideal del yo* en la configuración de la identidad femenina-materna, que se manifiesta en un elevado nivel de autoexigencia que atenaza a las mujeres, compeliéndolas a una constante búsqueda de perfección (omnipotencia) para obtener valoración.

Frente a la (auto) devaluación de que ha sido objeto está emergiendo, como mecanismo de formación reactiva, en algunos sectores actua-

les de mujeres, lo que podríamos llamar una *nueva mística* de la feminidad/maternidad: el (auto)enaltecimiento, la exaltación de todas las capacidades femeninas, curiosamente las anexadas a la función materna, frente al desprecio/la devaluación del varón/lo masculino, configurándose una imagen femenina cercana a la de las Grandes Diosas primitivas. Veamos, como ejemplo, las palabras de un proverbio judío que HORNOR (2002) utiliza para introducir un capítulo de su libro *Mother Power*: «Dios no podía estar en todas partes, por eso creó a las madres».

Esta tendencia, que desde la teoría –la racionalización–, se presenta como un intento de reparar el dañado narcisismo de la mujer, revalorizándola, acaba por generar, a nivel intrapsíquico, un proceso autoglorificador paralelo al que los hombres han realizado hasta ahora: colocarse del lado de la Potencia, la perfección, el Todo, la completud fálica. Es éste un esfuerzo voluntarístico, no refrendado por la cultura/poder imperante –masculino– y que se sustenta en una negación de la fragilidad, los límites, al igual que han hecho siempre los hombres. Por ello, los costes de una tal aspiración a la perfección (semejante a lo que hemos analizado como efecto boomerang del falo en los varones) se están manifestando psicósomáticamente –en algunas dolencias mayoritariamente «femeninas»– o incluso depresivo, si no logra alcanzar o mantener las altas cotas de superioridad/capacidad pretendidas. El uso recurrente de expresiones como «yo soy-era TODO para él/ellos» (la palabra *todo* se repite incesantemente para referirse a lo que hacen, representan) nos pone en la pista de una tal constelación psíquica.

Las técnicas de reproducción asistida pueden estar sirviendo en la actualidad asimismo para refrendar a nivel imaginario, esa glorificación del poder generativo y materno de las mujeres (tanto a nivel biológico como psíquico), especialmente cuando se accede a la maternidad en solitario –utilizando semen de donantes– además de acompañarse de otros procesos psíquicos tanto en la futura madre, su pareja (si existe) y los médicos (VENNEMAN, 1990; TUBERT, 1991; BAYO-BORRÁS, 1996).

Todos estos deslizamientos hacia la Omnipotencia están también estrechamente relacionados con el vigente ideal maternal, cuyo análisis vamos a introducir con un texto muy expresivo de Luciana PERCOVICH:

«Ha sido el hecho de estar expuestas a la mirada del hombre lo que nos ha forjado tal como nos vemos hoy: encubiertas por capas de «deber ser», que se nos han propuesto como modelos de identidad, que hemos tenido que asumir como propios y elaborar individualmente». «También la capacidad materna es algo que nos pertenece como especialización adquirida bajo la mirada masculina al punto que no la ejercemos sólo dentro de la familia, sino que la llevamos dentro a todas partes, por ejemplo, a los lugares de trabajo, donde desempeñamos, además de las competencias específicas de nuestro papel pro-

fesional –o se nos exige, aún contra nuestra voluntad– una función ‘relacional’ en el sentido que nos compete ocuparnos de la alimentación, organizar a los otros, proveer a las ‘pequeñas cosas’ que hacen posible las cosas ‘más importantes’. Lo deseemos o no, debemos poner a disposición de los demás nuestra investidura primaria, la ‘capacidad materna’».

El ideal del yo maternal es el conjunto de prescripciones y prohibiciones que normativizan el ejercicio de la maternidad. Dada la identificación en la identidad femenina del binomio mujer = madre, tales normas se extienden también a la definición de la femineidad.

Dentro de las prescripciones, debemos señalar:

– La disponibilidad absoluta: La obligación en la mujer/la madre de la disposición permanente a satisfacer las necesidades (materiales, emocionales...) de los otros. El amor, para la mujer, significa servir. La disponibilidad y el servicio constituyen el sustrato de la *ética del cuidado*, interiorizada/practicada por las mujeres como mandato inscrito en la femineidad-maternidad.

– La autosuficiencia, fortaleza, capacidad, serenidad, paciencia..., es decir, la capacidad de ejercer en solitario la crianza sin necesidad de apoyo alguno y el mandato a experimentar sólo sentimientos *positivos*, que se concretan en una *obligada felicidad* en el desempeño de la función materna.

Las prohibiciones derivan de las prescripciones, ya que ser cumplir con (la fantasía de) la mujer-Madre Buena, abnegada y disponible, preconizada por el Deseo, la Norma masculina, impide:

– Poseer intereses (profesionales o culturales) y deseos propios ajenos al maternaje (de modo especial en el terreno de la sexualidad, porque maternidad y sexualidad son términos antitéticos en el imaginario social), así como expresar la ira, la disconformidad, la protesta.

– Dejar transparente ansiedades, necesidades, conflictos, descontento, decepción, tristeza, cansancio..., así como pedir para sí maternaje, ayuda, tiempo propio, cuidados... porque ello mostraría su debilidad, su inadecuación. La prohibición de pedir para sí lleva aparejada la de *negarse* a las demandas de los otros, a decir que *no*, porque ello le acarrearía la censura a su comportamiento y el consecuente riesgo de ser considerada una «mala madre» y/o una mujer «poco femenina».

En definitiva, la prohibición de cualquier comportamiento que venga a poner en cuestión que el destino sublime de una mujer es la maternidad (en cualquier caso, la disponibilidad permanente aunque

no sea madre) y que, por tanto, ella es la más feliz de las mujeres por cumplir tan excelsa misión de servicio.

La consecuencia de este hiperexigente e inalcanzable ideal maternal es devastador, ya que genera sentimientos omnipresentes de culpabilidad en la gran mayoría de las mujeres, de los que deriva la necesidad de expiación en todas aquellas que infringen algún mandato, por ejemplo, las madres *trabajadoras* (asalariadas). El modelo/la exigencia social de la supermujer consigue su cumplimiento a expensas de estos sentimientos: las mujeres se ven compelidas a cumplir múltiples roles, incorporando exigencias muy diversas, muchas en conflicto entre sí (buenas madres y amas de casa eficaces, trabajadoras competentes, mujeres sexualmente atractivas) para hacerse perdonar por intentar romper con el modelo único de mujer madre. La psicopatología actual femenina da buena cuenta del estrés actual de las mujeres por intentar cumplir con todos esos mandatos simultáneamente. Como ya señalaba anteriormente: querer ser perfectas acaba *enfermando*. Es el precio que se paga por ese goce, por esa ansiada aproximación al *yo ideal* que describiera Freud: una soñada unidad/perfección/completud.

Pero las mujeres se ven compelidas a intentar alcanzarlo y si logran asemejarse, encarnar a la Madre Buena imaginaria, recaban un sentimiento de omnipotencia narcisística: ejerciendo de *supermadres* se sienten cercanas a las *Grandes Diosas* y obtienen además gratificaciones por la dependencia/apego de los otros hacia Ella y por la vivencia de sentirse/ser insustituible. Es, en cualquier caso, un modo de *nutrirse nutriendo*, una manera de paliar las carencias del pasado y del presente, tanto en el terreno de los afectos y emociones como en el de la autovaloración/realización personal. Y en las mujeres las carencias han sido/son muchas, no sólo a causa de los déficits narcisísticos en la conformación de su identidad como niña-mujer (que nos remiten a las *ambivalencias* del vínculo con la madre y al *amor distraído* del padre) sino por la ausencia de reciprocidad en el cuidado, el respeto/valoración, el amor, en suma, que caracteriza la relación hombre-mujer.

Del conjunto de esas carencias y frustraciones deriva la acentuación en las mujeres de un generalizado sentimiento de vivir a los hijos e hijas como prolongaciones y proyecciones narcisísticas propias. En tantas ocasiones, ést@s están destinad@s a satisfacer los deseos insatisfechos de sus madres, que esperan ver realizadas en ell@s sus necesidades y aspiraciones frustradas o prolongar una fusión/dependencia sin la cual no pueden subsistir.

A menudo, esa obligación filial de cumplir con el deseo/mandato materno puede hacer síntoma, de modo especial en las hijas, como sucede, por ejemplo, en muchos casos de chicas anoréxicas. Además,

tantas hijas se convierten en destinatarias principales de la obligación de ayudar y cuidar a sus madres, sea en las tareas domésticas, sea en la compañía, la comunicación... deviniendo, más tarde o más temprano, *madres de la propia madre*. Ello es consecuencia de una cuestión muy poco analizada y *visibilizada*: mientras las mujeres se ven compelidas a encarnar (ser, hacer de) la Madre para el hombre, ellas carecen de una madre (garantía de ser cuidada: satisfacción a sus demandas emocionales, instrumentales...) para sí mismas; son, pues, *madres sin madres*, ya que los varones no están socializados –no se muestran disponibles– para ejercer esa función cuidadora para con ellas.

Y dado que las demandas directas son consideradas ilegítimas en las mujeres, éstas han devenido expertas en usar estrategias de manipulación, utilizando para ello frecuentemente la culpabilización, el chantaje emocional, recurso éste con el que se obtiene satisfacción a las propias necesidades (materiales, emocionales...), control y dominio sobre los otros: el denominado «poder de los débiles».

Este es el conjunto de las posibles gratificaciones en la *función materna* que pueden hacer de resistencia para un cambio en el ejercicio de la maternidad y constituyen también un obstáculo inconsciente para la transformación/el redimensionamiento, en un sentido de más (reivindicación de) corresponsabilidad e igualdad, en los roles paternos y maternos.

La hiperidentificación a la Madre por parte de las mujeres está ciertamente relacionada con que es la única identidad que le es concedida, ya que responde al deseo masculino –no consciente, pero que perdura de modo indeleble– de recuperar, regresar al origen, aunque la Madre Buena deseada es una madre domesticada, el reverso de la Madre Omnipotente vivenciada por todo hijo/a. Y, en esa medida, debe desterrar de sí todo aquello que le hace ser (re)vivida como temible y potencialmente peligrosa (poderosa, rechazante, frustrante).

Ella se ve compelida a encarnar, por tanto, el Objeto de deseo del hombre, pero poco sabemos de su deseo, que hace preguntarse a Freud, cuando intenta escharbar en el misterio femenino: «¿Qué quieren las mujeres?». Y Freud (se) respondía afirmando que «la estabilidad de la pareja estaba lograda si la mujer hacía de su marido un hijo», y aludiendo a la «doble» moral sexual, con este expresivo texto de 1908 en *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna*:

«Por su parte, las mujeres, que en calidad de sustratos propiamente dichos de los intereses sexuales de los hombres... y para las cuales sólo durante la lactancia pueden constituir los hijos una sustitución suficiente del objeto sexual; las mujeres, repetimos, llegan a contraer, bajo el influjo de las desilusiones aportadas por la vida conyugal, graves neurosis que perturban duraderamente su existencia» (1908: 1256).

Así sólo el hijo = falo (especialmente lactante) parece constituir el deseo femenino y Freud nos cuenta el desengaño del varón cuando descubre el *desmesurado* amor materno de su esposa por su (*otro*) hijo, y, ciertamente son buena prueba de ello muchas manifestaciones masculinas (síntomatología somática, acting, sentimientos de angustia y depresivos –de pérdida– traducidos en celos, rivalidad...)⁴ durante el embarazo y después del nacimiento de un hijo/a, momentos también de alto riesgo para el comienzo o el agravamiento de la violencia sobre la mujer en tantas parejas.

Pero el desengaño femenino, «las desilusiones aportadas por la vida conyugal», que conducían a esas *graves neurosis* a comienzos del siglo pasado, han devenido en la actualidad en un ingente número de separaciones o divorcios promovidos por las mujeres en su mayor parte (en torno al 80% lo son), aún a sabiendas de que las consecuencias para ellas serán muy duras y tendrán menos posibilidades para reconstruir una pareja. Y ello, entre otras razones, porque los hombres siempre buscan/acceden a mujeres mucho más jóvenes para reparar/sustentar su narcisismo nuevamente, mientras la mujer *evolucionada* está cada vez menos dispuesta a seguir encarnando la Madre para el hombre y reivindica una posición también de sujeto-mujer con derechos y no sólo de madre con deberes de servicio (emocional, sexual –narcisístico–, de intendencia doméstica).

Las afirmaciones de Freud y las separaciones promovidas por las mujeres hacen referencia a una contradicción fundamental: las diferentes posibilidades de hombres y mujeres para *calmar* sus deseos y necesidades dentro de una pareja concebida de un modo tan unilateralmente complementaria.

Pues, si bien sabemos que nunca la satisfacción será total, que ningún objeto será (como) el fantaseado, que el deseo nunca podrá ser *colmado*, las diferencias en las carencias y las demandas entre hombres y mujeres podrían disminuir notablemente si la relación entre los sexos no estuvieran atravesadas por el poder y la imposición del deseo de uno solo, el varón, (auto)erigido en Sujeto, sobre el otro –la otra– devenida objeto. Un expresivo texto de otro psicoanalista, GRUNBERGER (1964), incide en esta importante cuestión:

«Entre los motivos de queja que la mujer dirige –tácita o expresamente– al hombre, se encuentran los de no ocuparse lo bastante de ella, no cuidarla suficientemente, no demostrarle lo que le debe, lo que la estima, lo que la valora. Podemos añadir lo que la ama, pero desde Freud sabemos que ser

⁴ Ver el excelente trabajo de Delaisi de PARSEVAL al respecto.

amado es un deseo narcisista; se trata pues, en una palabra, del deseo de la mujer de tener su narcisismo satisfecho, y en general parece que el hombre es bastante inepto para colmar este deseo» (1964: 100).

Y, como en el siglo pasado –y en los milenios precedentes–, los hombres mayoritariamente parecen seguir parapetados en la protección de su propio narcisismo, en la satisfacción de su propio deseo: ser unilateral e incondicionalmente *amado-narcisizado*, reconocido como superior, por una mujer-madre a quien sigue siéndole negada su subjetividad y condición de sujeto, con derecho a la reciprocidad (disponibilidad, reconocimiento, corresponsabilización: *amor/narcisismo*) en todos los ámbitos.

Esta diferencia sustancial en el modo en que se configura la pareja y las carencias aludidas refuerzan en las mujeres el vínculo-la dependencia de/hacia (el amor de) los hijos, impeliéndoles a *cumplir el mandato* del ideal maternal/*colmar el deseo* de unidad-completud: *darse toda/darles todo* para paliar el vacío, la soledad... por medio de los hijos-as. Así pues, el hecho de que las mujeres ubiquen tan frecuentemente a sus hijos en ese lugar no está solo relacionado con la biología, con su capacidad/potencia generativa, que posibilitaría en ellas la sublimación a través de la maternidad (la fantasía de completud, la regresión al origen) sino también o, sobre todo, con la falla estructural de la pareja humana tal como ésta está configurada y con los costes que la propia maternidad-maternaje en solitario significan: la exclusión de todos los otros ámbitos de poder y gratificación.

En este contexto de falta de poder y de renunciadas/constricciones innumerables (que pasan por el (auto)control de su sexualidad, su condición de cuerpo/objeto, la enorme disparidad entre lo que da y lo que recibe en la relación con el hombre: la hipertrofia del amor...) debe inscribirse la peculiaridad de cuánto sucede en el triángulo padre-madre-hijo/a, ya que, como hemos comentado anteriormente, el lugar de (del) padre le viene dado por la madre.

4. *El ejercicio de la parentalidad en la actualidad*

«Un padre no funciona más / porque sea más o menos autoritario, / porque a nivel social tenga más o menos prestigio, / sino, más bien, / porque esté presente / en el discurso de la madre».

MARTÍN (1989)

Afirma Françoise DOLTO que el papel materno «solo lo puede desempeñar cabalmente una madre cuya persona física y simbólica esté valorizada por el padre» (1982: 42). Veamos un ilustrativo resu-

men de esta cuestión en un texto de Eric LAURENT (1993) en el que afirmaba que Lacan realizó un recorrido de destrucción del padre como ideal o como universal, y destacaba la necesidad de fundar un registro del amor, un vínculo social «que reconozca el respeto hacia el padre, a condición de que sepa que él tiene existencia por el hecho de haber afrontado el goce de una mujer» (1993: 35).

Estos textos nos enfrentan a la complejidad de las relaciones parentales, la triangularidad implícita en la que deben radicar las funciones de ambos padres, para que el hijo/a no devenga el objeto de la madre y/o el padre pueda existir/*funcionar* como tal.

A fin de que estas condiciones se produzcan es precisa una transformación fundamental en la estructuración de la pareja, ya que sólo un redimensionamiento de los roles/las posiciones subjetivas en su interior pueden acabar produciendo el cambio necesario. De un lado, en la conformación de la identidad como varón por parte del padre que, junto al cuestionamiento de los valores –las falacias– que configuran la masculinidad, debe incorporar el deber/el sentimiento de la paternidad: el desarrollo de un rol cuidador –físico y emocional– en el ejercicio del paternaje, incluyendo en la co-responsabilidad del cuidado también la reciprocidad amorosa/narcisística hacia la mujer, entendida ésta como Sujeto de derechos e identidad autónoma. De otro lado, en la tendencia femenina a hipertrofiar la función materna, a deslizarse hacia la fusión/la omnipotencia, relegando –devaluando, excluyendo–, al varón y el propio desarrollo de una identidad/sexualidad como mujer. Ello conllevaría también potenciar la capacidad asertiva y la afirmación de los propios deseos y necesidades, además de la pérdida de las rémoras a ejercer un papel de poder/mando en la vida pública, aún conscientes de las consecuencias penalizadoras (hiperexigencias, hipercriticismo, soledad afectiva...) que le acarrea en la actualidad la propia autoafirmación y el detentar alguna forma de poder.

Los resultados de ilustrativas investigaciones norteamericanas (COIRO & EMERY, 1998; DEKLYEN y otros, 1998; NICHD, 2000) en torno al ejercicio de la paternidad –escasos y muy recientes– dibujan una realidad muy terca y son un exponente claro de cuánto se ha venido afirmando en relación a las *resistencias/los goces* de padres y madres. Al respecto no quiero dejar de transcribir las palabras de una canción –una malagueña– que, coincidencias llamativas de la vida, acabo en este momento de escuchar –por primera vez– en un programa televisivo sobre música folklórica canaria, mientras estoy escribiendo sobre estas cuestiones: «Si a una madre le faltara / lo que más ha querido / no puede ser su marido / sino algo de sus entrañas».

Los factores que influyen en los tipos de relación parento-filial que se dan/se estudian en la actualidad guardan relación con diversos aspectos: tipo de pareja conyugal e importancia de los valores vigentes en torno a la paternidad y maternidad versus diferencias en el ejercicio de los roles paterno y materno; características socio-económicas, laborales y culturales de los padres y las madres; personalidad de ambos; características de los hijos, como el sexo y la edad; relaciones entre problemas mentales o de conducta de los hijos y tipo de relación parento-filial.

Se perfilan cambios en los comportamientos del padre relacionados con algunos factores demográficos y socio-culturales, aunque las características de la relación conyugal continua siendo fundamental. Según los datos recabados, los padres están más implicados en el cuidado y se muestran más sensibles en los juegos cuando: ellos trabajan menos horas y las madres más horas; ambos son más jóvenes; tienen creencias poco tradicionales en relación a la crianza de los hijos (actitudes más igualitarias en torno a los roles de género); poseen personalidades más positivas (más autoestima, más capacidad de adaptación, más bajos niveles de depresión y hostilidad); y cuando ambos miembros de la pareja señalan tener una buena relación de intimidad y apoyo recíproco.

La buena relación conyugal es el más importante soporte para ambos padres, pero los conflictos matrimoniales afectan más a la relación padre-hijo que a la materno-filial. Y lo que es más significativo, en caso de conflicto conyugal, los datos indican que, mientras los padres tienden a disminuir la implicación paterna, las mujeres tienden a mantenerla igual o incluso a aumentarla. Las madres, en matrimonios conflictivos, pueden, pues, intentar sobrecompensar en sus relaciones con sus hijos tanto su infelicidad conyugal como el problemático paternaje del padre. En otros casos, puede empeorar la función materna.

Estos datos sugieren, como se ha venido afirmando en este trabajo, que la maternidad es una experiencia subjetiva más importante para las mujeres que la paternidad para los hombres; y/o que las madres llevan a cabo una mayor separación entre el rol maternal y el de esposa que los varones, quienes lo viven más a menudo como un conjunto unido: *un mismo paquete*; y/o que la implicación en el rol paterno puede ser *discrecional*, está menos definida por las convenciones sociales y, en cambio, la de las madres es un *mandato*, en virtud de todo lo cual los padres tienen más libertad para distanciarse de sus hijos cuando tienen problemas interpersonales o psicológicos y son más sensibles a las influencias externas, como las dificultades conyugales.

Los autores/as americanos interpretan la importante cuestión de la *triangulación* de un modo más simple: al estar los hombres menos socializados a ser cuidadores requieren del apoyo de las madres para definir su rol parental, lo cual pondría/pone en evidencia que las mujeres pueden devenir facilitadoras de la relación paterno-filial o impedir, boicotear la participación, la *presencia* del padre, si están insatisfechas con él. Muchos estudios, en efecto, han relevado que ciertas madres son reacias a la implicación del padre, incluso en las sesiones de terapia familiar con hijos problemáticos, lo que pone de manifiesto, una vez más, no sólo que la maternidad constituye para tantas mujeres su más importante sublimación –Goce/Poder–, sino también que la relación parento-filial está mediatizada por la presencia o el comportamiento materno, mientras en las madres no se da esa circunstancia a la inversa. La historia personal de cada miembro de la pareja así como el tipo de vinculación que se ha conformado en su interno constituyen sin duda factores decisivos en esta constelación, sin dejar de encuadrarlos en todos los factores socio-culturales ya analizados y la estructura de la relación hombre-mujer.

Otro dato, relevado de investigaciones en parejas convivientes sobre la co-parentalidad o las diferencias en las relaciones diádicas/triádicas con los hijos, resultan muy esclarecedoras de las dinámicas que están en juego en el triángulo familiar: las madres se mostraban más comprometidas, seguras y efectivas en la presencia del padre que en su ausencia, mientras los padres actuaban inversamente: menos comprometidos e implicados en presencia de la madre y en mayor medida cuando estaban solos con los hijos. El conflicto conyugal estaría asociado con co-parentalidad hostil-competitiva y con mayor diferencia en la cantidad de implicación materna versus la paterna en las interacciones triádicas.

Parece evidente, pues, a partir de estos datos cuantitativos –contrastables en la clínica, en la observación de la realidad– que la maternidad, el ejercicio de la función maternal, es una fuente de gratificación, un Poder, que la mujer ejercita en la pareja, en menor o mayor medida, según sea el tipo de relación (satisfactoria o no). Un Poder que no le viene dado por una situación de superioridad en el mundo público que, en cambio, detenta el Hombre, refrendado por el orden simbólico, sino que es un poder sostenido por el Servicio (los múltiples servicios) que presta y por los vínculos psicológicos de dependencia que le derivan de ello.

La vinculación entre satisfacción conyugal y ejercicio de la paternidad se destaca en todos los trabajos de investigación, confirmando que se da una mayor implicación de los padres cuando las madres les

valoran, valoran su participación, tienen ideas igualitarias en torno a los roles de género y cuando hay satisfacción marital, mientras que la insatisfacción de la mujer –también del hombre– se relaciona con menor implicación paterna. Todos estos datos –cuantitativos– validan la afirmación psicoanalítica de que el lugar, la *función del padre* le viene dada por estar presente en el *discurso* de la madre.

Otra variable relevada en el ejercicio de la parentalidad lo constituye el género sexual de los hijos y también el de los progenitores. Los padres se implican más con los hijos que con las hijas (confirmando el *amor distraído* en la relación padre-hija, a que hemos aludido más arriba: queja denunciada en la clínica por tantas hijas) y la relación con éstas es mucho más vulnerable a los conflictos conyugales que la relación padre-hijo varón. Por su parte, las madres, cuando hay conflictos conyugales, establecen relaciones peculiares con sus hijas: o pueden aumentar muy significativamente el control autoritario sobre ellas (en un desplazamiento de la hostilidad sobre la semejante/la más débil, mecanismo clásico en la llamada *interiorización de la dominación*) y/o tienden a apoyarse más en las hijas para su soporte emocional o instrumental, confirmando así la tendencia de algunas madres a solicitar a sus hijas un comportamiento de *madres de la madre* –al que he aludido anteriormente– en el que lo que se desplaza al propio género es la demanda. Curiosamente, la presencia de hijos varones reduce el riesgo de ruptura matrimonial más que la presencia de las hijas, lo que nos plantea diversos interrogantes sobre la funcionalidad/el vínculo diferencial del hijo varón.

Asimismo la edad de los hijos/as tiene importancia. Por una parte, los padres tienden a cuidar menos a los bebés muy pequeños y van aumentando su implicación a medida que éstos crecen, en una tendencia generalizada: los padres pasarían más tiempo con los hijos más grandes y las madres con los más pequeños. Se da también otro matiz diferencial: las madres son más proveedoras de cuidados y los padres utilizan una mayor proporción de su tiempo en jugar y en interacciones estimulantes físicamente. De modo que, a pesar de los cambios, las tendencias dominantes inscritas en los roles sexuales, permanecen en un modo claro, señalando dos dificultades masculinas: a relacionarse con el *cuerpo a cuerpo*, con la *comunicación no verbal* (cuando todavía no puede mediar la palabra) y a eludir las tareas de cuidado, mucho más onerosas y menos placenteras/gratificantes, más asimilables asimismo a lo considerado *femenino* tradicionalmente. La contrapartida de las diferencias para las mujeres es obvia: el goce de la relación fusional, mayor cuando los niños/as son más pequeños–más dependientes y las dificultades para escapar al rol cuidador, al imperativo permanente del *deber*, y abandonarse más a lo lúdico.

Otro aspecto relacionado con la edad es el hecho de que las relaciones padre-hijos pequeños es más susceptible de provocar conflictos en la pareja, por el aumento del estrés conyugal, y por las diferencias subjetivas y objetivas que suelen darse entre los padres/las madres en la transición a la parentalidad. No casualmente un alto porcentaje de divorcios se produce cuando los niños son pequeños, mayoritariamente promovidos por mujeres también, lo cual nos remitiría a las dificultades en el proceso de devenir padres y madres y a sus consecuencias en la relación de pareja.

Por una parte, las dificultades en la implicación temprana y en la triangulación a que se ha aludido (los sentimientos de rivalidad, celos...), no ajenos, a veces, a la *exclusión activa* llevada a cabo por la madre, problemas éstos más frecuentes en los padres. Por otra, los cambios en la organización de la vida, en las relaciones laborales/personales, la pérdida de tiempo para sí misma, la propia hiperidentificación al modelo de la supermadre, la percepción de la no responsabilización/la huida del hombre,... más acentuada en las mujeres madres.

Además de todo lo dicho, una cuestión resulta fundamental para poner en evidencia la diferencia entre hombres y mujeres en su modo de vivir la paternidad y la maternidad: las consecuencias de la separación conyugal en la parentalidad. A partir de la separación, la inmensa mayoría de los hijos permanecen viviendo con la madre (85%-90%) y cuando es concedida la custodia al padre se dan circunstancias muy significativas: un elevado estatus socioeconómico, hijos mayores o la mujer tiene problemas graves de salud mental. Después del divorcio, un porcentaje mucho mayor de padres que de madres mantienen una relación pobre con los hijos, lo cual no sólo está relacionado con la permanencia en el domicilio de la madre, porque cuando residen con el padre, la frecuencia y calidad en la relación con la madre es siempre mucho mayor que a la inversa, manteniéndose similar a cuando no se había producido el divorcio, según referencia de los propios hijos. Las cifras de número de encuentros entre padres divorciados y sus hijos en EE.UU. resultan apabullantes: un tercio de los padres ven a sus hijos una sola vez al año o no los ven en absoluto, otro tercio no han tenido contacto en los últimos cinco años.

Esta situación es la que más alarma está creando socialmente y pone en evidencia todas las fallas analizadas, tanto en la estructura psíquica de los hombres que así actúan, como en el significado de la paternidad para los varones. La huida masculina, refrendada por la práctica judicial, que concede escasísimo tiempo a los padres para relacionarse con sus hijos, nos remite a los tiempos/las culturas en que los hombres no creían tener vínculos de consanguinidad con sus hijos.

La madre queda nuevamente ubicada en lo imaginario como una Gran Madre primitiva –poderosa–, mientras en la realidad deviene aún más excluida del acceso a todas las formas de poder (excepto el psicológico) y más empobrecida económicamente (la *feminización de la pobreza*, a la que aludimos), aunque trabajen –muchas más y mucho más– que antes de separarse.

La vivencia masculina en estos casos es de angustia ante su fracaso como hombre y como padre, pero difícilmente pueden concienciarlo como tal y mucho menos elaborarlo: la posibilidad de refundar una pareja y/o una familia con mujeres jóvenes y sin hijos le es mucho más accesible/permitido, por lo que, después de profundas crisis iniciales en las que culpan a la mujer –la violencia, en algunos casos hasta la muerte, contra tantas mujeres a manos de sus maridos recién separados da buena muestra de ello– siguen caminando por la senda de la negación. Las mujeres separadas, por su parte, pueden encarnar con entusiasmo a la Madre, o tratan de encontrar nuevos modos de relacionarse con los hombres, nuevas identidades... Y ello no siempre exitosamente, a veces por la llamada *compulsión a la repetición*, otras por el desfase existente entre el deseo antiguo (de madre) de los hombres y el nuevo deseo, en tantas mujeres de hoy, de ser Sujeto y de relacionarse con el otro de modo paritario o recíproco.

Para no caer en alarmismos exagerados, en muchos casos cargados de ideología –la jerarquía católica española nos ha dado buenas muestras de ello en los últimos tiempos– es preciso destacar, como algunos de los investigadores citados, la evidencia de que el divorcio y/o la ausencia del padre no son tan perniciosos en sí mismos como se ha teorizado porque, si bien es cierto que se dan cotas más altas de problemas en los niños de familias monoparentales, muchas otras no los tienen y tantos niños/as con problemas viven con ambos padres. Como puede observarse en la clínica, tiene mucha más importancia la calidad de la relación parento-filial, además de la de la pareja.

Otros datos sobre el tipo de relación parento-filial y sus consecuencias en los hijos/as pueden ser ilustrativos en relación a la cuestión de la cualidad de la relación: las conductas antisociales y/o con problemas de salud mental de jóvenes están relacionadas con madres directivas, críticas, agrias, punitivas, castigadoras físicamente y también con padres duros, maltratadores y negativos en el mismo sentido: críticos, con estallidos de ira, con comportamientos antisociales, consumo de alcohol y drogas, otros síntomas psicológicos diversos. Asimismo, están más relacionadas con la falta de disciplina y la relación distante con el padre que con un comportamiento coercitivo por parte de éste, lo que pondría en evidencia que la imposición de normas

y límites resulta más positiva que su ausencia, especialmente en concomitancia con otras circunstancias.

Igualmente, los estudios confirman que es más probable que los hijos imiten al padre cuando éste es un modelo nutricional y reforzador. Los padres que son sensibles, responsables y cálidos generan una relación de apego en sus hijos y tienen un valor más reafirmante para ellos, fomentando una conducta más prosocial, pues el apego está muy relacionado con la calidad del cuidado/r y crea sentimientos de seguridad personal. Y, a la inversa, los chicos con padres distantes, con falta de calidez e implicación paterna son asociados con problemas antisociales y conducta agresiva. El apego inseguro con el padre, y si es con la madre resulta aún más grave, está relacionado con problemas clínicos en los hijos/as.

De los datos relevados de las diferentes investigaciones diversos autores llegan a una conclusión que remite a la multifactorialidad implícita en todos los comportamientos humanos: un pobre paternaje, en algunos casos caracterizado por prácticas duras y en otras por relaciones inseguras o con poca implicación, puede constituir un factor de riesgo, pero no necesario ni suficiente, que, combinado con otros, aumenta la probabilidad de problemas en los niños.

¿Qué conclusiones podemos sacar de todos los análisis y datos relevados hasta aquí en relación a las dificultades parentales de padres y madres en la actualidad? ¿En qué contexto económico, social y cultural se concreta hoy el ejercicio de la paternidad y la maternidad?

Las transformaciones habidas en la condición socio-económica y cultural de las sociedades desarrolladas (que aumenta el desamparo de los individuos ante el triunfo de la ley del más fuerte), la degradación de los principios éticos, la disminución paulatina de las convicciones religiosas y de las prácticas comunitarias, que paliaban las angustias más profundas del ser humano –el sentido de la vida, las necesidades de identificación y pertenencia, la vivencia del deterioro físico progresivo, la debilidad y la soledad, la muerte, por último– han venido a socavar las precarias seguridades y compensaciones humanas (especialmente las masculinas).

La existencia en el pasado de diversos grupos de intensa cohesión e integración (familiares, profesionales, religiosos o vecinales) había paliado, en parte, lo que, a nivel inconsciente, han sido/son vividas como profundas incertezas y ansiedades. El sentimiento de insignificancia individual (frente al macro-Estado, las macro-empresas, las macro-ciudades), la desintegración de los grupos intermedios de pertenencia con el consiguiente aislamiento e impotencia, el sin sentido

de la vida, la anomia ética (valores como la cooperación han sido sustituidos por los de la competencia, la posesión y el consumo) están llevando a un desconcierto generalizado y a una consecuente identificación masiva a-crítica con valores y modelos propuestos por aquellos que ostentan los macro-poderes. Ante este estado de cosas, el individuo se siente cada más solo, perdido, confuso, impotente en medio de un universo hostil en que el los valores humanos son desplazados paulatinamente por los intereses económicos y la desigualdad se acrecienta en todas las relaciones, magnificando las diferencias y aumentando la exclusión: norte y sur, ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos/minusválidos...

En este contexto, la familia continúa viendo reforzado su papel como refugio, reducto de la afectividad, lugar de protección/reparación frente a la selva exterior. Pero también ha sufrido todos las transformaciones descritas, dando paso a una *nueva familia*, que contiene el germen –y las consecuentes tensiones– de unas nuevas relaciones entre sus miembros. Por su parte, hombres y mujeres, además de estar inmersos en ese mundo que aumenta los sentimientos de aislamiento y vulnerabilidad, parecen estar atrapados cada uno en sus dificultades para poder llevar a cabo en profundidad un cambio en los valores/los símbolos que han regido la relación entre los sexos.

Los hombres están encorsetados en una precaria identidad que remite a una difícil identificación con un padre heredero del Patriarca: que pudo ser un padre autoritario/rígido o un padre *ausente* (con escasa implicación física y/o emocional), ambos o, en cualquier caso, demasiado a menudo carente; un padre que generó en los hijos un mayor o menor rechazo a parecerse a él, a ser como él, pero cuyo rechazo les hace sentir –inconscientemente– culpables y les deja sin referentes como hombres y como padres. Sometidos a las demandas de la mujer para ser diferente a la identidad, los valores que internalizó y se publicitan/refuerzan aún en todo el Orden cultural-simbólico. Desconcertados, abrumados, con la angustia de no poder ser como debería según los cánones y no querer ser como es, pero sintiendo pánico a ser lo que la *nueva* mujer le pide: integrar la concientización/expresión de las emociones, abandonar su armadura/abandonarse, aceptar la fragilidad, los límites..., porque todo ello le hace devenir vulnerable frente a Ella, frente a todos los Otros.

En medio de esta situación, la resistencia masculina a cambiar encuentra el respaldo o protección del imaginario audiovisual, que propone y publicita las representaciones hipercompensadoras de esas ancestrales angustias que el momento presente está acentuando de modo dramático.

Pues nuestros héroes masculinos actuales (los Conan, Terminator y compañía) conforman una hipertrofia de la imagen de la masculinidad tradicional: son modelos de superhombres, individuos solitarios, autosuficientes y, sobre todo, superpoderosos que desconocen la fragilidad y el temor, no manifiestan sentimientos de afecto o ternura, no poseen pareja o familia ni son miembros de otros grupos humanos de apoyo, utilizan la violencia u otro tipo de poder tradicionalmente masculino (por ejemplo, la técnica, sólo con fines destructivos, mientras ellos aparecen como indestructibles, imperecederos), a fin de poder negar mejor, por parte de quienes se identifican con ellos, esos generalizados sentimientos de insignificancia e impotencia, el miedo a la vulnerabilidad y la muerte.

Junto a estos *héroes tecnificados* modernos, se nos ofertan también, como modelos masculinos «más reales», a individuos *exitosos* en el ámbito económico, político, sexual... y que, en definitiva, ostentan toda la parafernalia fálica: la riqueza, el mando, la capacidad de conquistar/coleccionar jóvenes y bellas mujeres –seducidas gracias a los otros poderes– que están a su servicio y se someten a sus deseos.

El resultado en la subjetividad masculina de tanto modelo defensivo y reforzador de los valores tradicionales de la masculinidad es el aumento de la autodepreciación, la inseguridad y la angustia de todos aquellos que –por edad, condición económica, nivel educativo, características físicas y/o psíquicas– no pueden parecerse a los ideales y que, por esa misma causa, no pueden afrontar cambios en los valores/su identidad como hombres sin experimentar profundos temores: a desmoronarse (como un escultor/una estatua *hecha de barro*), a quedar inermes frente a la Otra y *visibilizar* su vulnerabilidad también ante los otros hombres, especialmente los más poderosos.

La mujer, por su parte, se encuentra a medio camino (conflictuada) entre ser Madre y ser mujer, sintiéndose culpable también por rechazar parecerse a su madre, por no querer reducir su identidad al imaginario de la Gran Madre Buena, y desarrollar otros intereses ajenos a la maternidad. Angustiada por no (querer) adaptarse al deseo (de madre) del Hombre pero con dificultades también para escapar al modelo al que el Orden cultural-simbólico la ha reducido: sentirse devaluada y necesitar la valoración/el amor del Hombre para estimarse a sí misma, no ser capaz de afirmar sus deseos por temor a experimentar el rechazo/el abandono del Otro, aferrarse al Ideal maternal/al hijo para llenar su vacío, sus carencias. Temerosa, en definitiva, de desarrollar/mostrar una identidad (un poder) no acorde con el modelo tradicional.

En el caso de las mujeres, la industria audio-visual va al encuentro de sus sentimientos de autodesvalorización y vacío, su tradicional

(auto)sometimiento a acomodarse al Deseo del Otro y a obedecer Ideales de perfección, proponiéndole una imagen de Belleza inalcanzable, basada en la delgadez, la eterna juventud y la ornamentación. Tal ideal la compele a continuas autorrestricciones/auto-flagelaciones (con la comida, en los gimnasios, con la estética... incluyendo últimamente la cirugía) y a una compulsiva compra de objetos para adornarse ella misma o su casa, convertida en espejo proyectivo de sí misma y que, en esa medida, debe llenarse de mil objetos innecesarios para suplir, calmar –no colmar– las muchas necesidades femeninas insatisfechas.

La imagen publicitada de la mujer *moderna* deseada no se aleja en lo fundamental de la tradicional mujer-madre. Si ya las mujeres pueden aparecer representadas con otras identidades más poderosas (desde la ejecutiva, la *política*, la profesional) hay dos características que son constantemente remarcadas como indispensables para ser aceptadas / valoradas: una, su condición de objeto sexual, que le hace permanecer esclava (consumidora) de toda la *tecnología de la belleza*, para atraer la mirada del Hombre, obtener reconocimiento/existencia gracias al deseo de Él. La segunda es la obligación de endosar siempre *las virtudes*, la ética del cuidado y mantener, por tanto, la identidad maternal en todos sus comportamientos: la disponibilidad, la sonrisa permanente, el servicio, etc.

Inmersos los hombres y las mujeres en este mundo cambiante, en que se carece de referentes éticos y todo está sujeto a manipulación, en que la valía se define por la capacidad de consumo y el *tener* ha sustituido al *ser*, en que las relaciones humanas están mercantilizadas y dominadas por la competitividad, en que las imágenes/los estímulos de todo tipo se suceden a ritmo vertiginoso y los modelos propuestos no sirven para reforzar el cambio sino para todo lo contrario –contribuir a las resistencias, cimentar los valores tradicionales– el ejercicio de la parentalidad se ve sometido a todas esas influencias y contradicciones. Y sus protagonistas, los padres y las madres, están inmersos en ese mundo que ha aumentado las inseguridades y temores de todos, incidiendo aún más en los que sienten por las transformaciones habidas en los roles/las identidades sexuales.

Los padres actuales temen ejercer la autoridad porque la viven como una repetición de comportamientos aborrecidos de sus padres, ya que el modelo autoritario ha sido, hasta los años 70-80 del siglo pasado, el utilizado más a menudo como método tradicional/defensivo de relación paterno-filial, pues el ejercicio del poder siempre ha servido para exorcizar todo tipo de temores y carencias: la propia incapacidad, en este caso, para establecer una relación de comunicación emo-

cional, el temor a ver desenmascarada su inseguridad (de ser un *escultor hecho de barro*).

Temores y carencias que generalmente no han podido ser elaborados o superados por los nuevos padres y, en muchos casos, ni siquiera hechos conscientes, por lo que frente al ejercicio de la paternidad se sienten/se muestran con las mismas dificultades que sus progenitores, pero experimentando sentimientos de culpabilidad si imponen normas, límites a los hijos, porque les asemeja a la imagen internamente rechazada del (propio) padre autoritario. Así podemos observar que el único código que muchas veces poseen es el de ser un contra-padre tradicional respecto al ejercicio de la autoridad, y en los demás aspectos –la comunicación emocional, fundamentalmente– se comportan a menudo también de modo reactivo, queriendo erigirse, a toda costa, en *amigos* de sus hijos. Anhelar ser *amigo* incondicional implica el no querer frustrarles, no ponerles límites en sus peticiones de diverso tipo (libertad, espacios, hábitos, gustos, dinero, consumo) y el no exigir esfuerzos, ayuda, contraprestaciones para no *incomodarles*.

Los *nuevos padres* desean ser *buenos padres*, pero su desconcierto les conduce a *repetir* muchos de los errores tradicionales de las madres, a quienes imitan en su permisividad para no sentirse menos queridos que ellas, sin percibir que la *blandura* no ha sido el motivo principal del Poder maternal, sino, sobre todo, el *Servicio* incondicional, que, sin embargo, ellos se resisten mucho más a imitar. Y lo importante, una vez más, es que ese poder que la mujer detenta por sus servicios emocionales e instrumentales y no sólo por ser el Objeto Primario, le coloca siempre en el lugar central y en el privilegio de *dar padre* a sus hijos (o quitárselo) en función del tipo de relación que mantiene con él, de la mayor o menor satisfacción que recaba de su relación conyugal. Satisfacciones o frustraciones que tienen que ver tanto con sus *expectativas* –su historia personal– como con el *hombre real* que escogió. Afrontar la paternidad obliga pues, al hombre, a afrontar, como decía Eric Laurent, *el goce* de la mujer.

Y la mujer *nueva* está hoy expresando, con bastantes contradicciones por cierto, el deseo de compartir con un hombre *nuevo* –que haya integrado la fragilidad inherente al ser humano– la construcción de una *nueva* pareja, basada, sobre todo, en la reciprocidad del amor/narcisización y en la incorporación en la masculinidad/paternidad de una ética del cuidado, características ambas que ella ha ejercido hasta ahora en solitario.

En el ejercicio de la maternidad, las mujeres, si además de ser madres son trabajadoras asalariadas, se encuentran atrapadas por la culpabilidad de: no (poder-querer) ser tan sacrificada ni entregada

como su madre (como la Madre Buena imaginaria); *abandonar* a los hijos, pues es así como lo vive, aunque estén atendidos; no estar tan *disponible* para el marido porque se encuentra cansada; no poder *embellecerse* tanto como querría para ser deseable porque carece de tiempo para ello; no poder prestar tanta atención a los hijos cuando está con ellos porque debe ocuparse de las múltiples obligaciones domésticas; no tener la casa como un espejo; pedir ayuda/colaboración a marido e hijos, especialmente a las hijas, porque ella se siente desbordada; la ira –a veces verbalizada, a veces inconsciente– que experimenta ante la escasa ayuda que suele obtener; no poder formarse más para ser estar más preparada laboralmente; no poder dedicar más tiempo al trabajo porque debe volver a casa; no poder cumplir con todo y todos/as, como querría.

Sometidas a tantas demandas contradictorias que la sumen en un estado de ansiedad o estrés permanente y con la consiguiente culpabilidad por no poder asumirlo todo con la perfección re/querida, las mujeres tratan de expiar la culpa tratando de cumplir esforzadamente con el hipertrofiado *ideal maternal*, y en relación a los hijos, especialmente con uno de sus mandatos: no poder decir que no, no poder negarse a las demandas. Y, así, se encuentra en la misma posición que tantos padres, aunque por motivos diversos: tratar de satisfacer todas las peticiones de los hijos/as con una permisividad/dadivosidad muchas veces extrema; intentar compensarles la cantidad/calidad de tiempo (vivido como) *robado* con el atiborramiento de objetos (son ellas quienes compran juguetes, ropas...); sustituir los límites y la supervisión necesarias por el *control* que representa el móvil, comprado hoy ya a niños/as de 10 años o menos aún.

Con ese darse/darlo todo las mujeres intentan, una vez más, mantener la dependencia/amor de sus hijos, continuar siendo la Gran Madre incondicional e insustituible, en definitiva, sublimar, compensar, a través de la relación materno-filial, las múltiples carencias y frustraciones que su inferior lugar en el mundo y su desigual relación con los hombres le provee. Esta descripción sobre los conflictos vividos por nuestro *nuevos* padres y madres quizás pueda ayudar a entender algunos de los problemas de los niños/l@s jóvenes de hoy: la demanda permanente de objetos de consumo –a ser posible *de marca*–, la fácil seducción por las sustancias que proveen placer fácil y la escasa tolerancia a la frustración, la dificultad para acometer compromisos/tareas que requieran esfuerzo y constancia, la creencia de que poseen derechos ilimitados y escasos o nulos deberes.

Toda la situación descrita nos permite concluir que se hace necesario un gran debate en torno a la paternidad y la maternidad, a fin de aco-

meter un cambio profundo en todos los factores implicados. Es preciso que los poderes públicos asuman un compromiso para afrontar la formación/concienciación necesaria de hombres y mujeres, de jóvenes de ambos sexos, para llegar a ejercer la parentalidad de modo menos conflictivo para madres y padres, y para contribuir a formar hijos e hijas más sólido/as, activo/as, comprometidos/as, solidario/as, *libres*.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, T.; Horkheimer, M. (1954). «Sociologia della famiglia». En: *Dialettica della Famiglia*, 1974, Roma: Savelli.
- (1954), «Dall'istante che lo vidi. Filemone e Bauci». En: *Dialettica della famiglia*, 1974, Roma: Savelli.
- Clerget, Joël (1992). *Places du père, violence et paternité*. Lyon: Champs Presses Universitaires.
- Coiro, M.; Emery, R. (1998). «Do Marriage Problems Affect Fathering More than Mothering? A Quantitative and Qualitative Review». *Clinical Child and Family Psychology Review*, Vol 1, n.º. 1: 23-40.
- Crittenden, A. (2001). *The Price of Motherhood*. New York: Henry Hold.
- DeKlyen, M.; Speltz, M.; Greenberg, M. (1998). «Fathering and Early Onset Conduct Problems: Positive and Negative Parenting, Father-Son Attachment, and the Marital Context». *Clinical Child and Family Psychology Review*, Vol. 1, n.º1: 3-21.
- (1998). «Fathers and Preschool Behavior Problems». *Development Psychology*, Vol. 34, n.º 2: 264-275.
- Delaisi de Parseval, G. (1982). *Padre al Padre*. Milano: Fabbri-Bompiani.
- Flaquer, L. (1995). «Las familias monoparentales en España y Europa: dinámica interna». En: *La figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas*, publicado por Gobierno de Canarias, la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y el Centro de Orientación familiar de Canarias.
- Fromm, E. (1974). «Autorità e super-Io. Il ruolo della famiglia nel loro sviluppo». En: *Dialettica della Famiglia*. Roma: Savelli.
- Gaunt, D.; Gaunt, L. (1988). «El modelo escandinavo». En: *Historia de la familia*, tomo II. Madrid: Alianza.
- González de Chávez Fernández, M. A. (1998). *Feminidad y masculinidad. Subjetividad y orden simbólico*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Grunberger, B. (1964). «Jalones para el estudio del narcisismo en la sexualidad femenina». En: Chasseguet-Smirgel, J., comp., *La sexualidad femenina*. Barcelona: Laia.
- Hernández, F. (1988). «Familias monoparentales en España: aspectos económicos». En: *Las Familias Monoparentales*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales (Instituto de la Mujer).

- Hornor, J. (2002). *Mother Power*. Illinois: Sourcebooks.
- Knibiehler, I. (1997). «Padres, patriarcado, paternidad». En: *Figuras del padre*. Editado por Silvia Tubert. Madrid: Cátedra.
- Laurent, E. (1993). «Il neurotico può fare a meno del padre?». En «La psicoanalisi. Studi internazionali del campo freudiano». *Rivista Italiana della Scuola Europea de Psicoanalisi*, n.º 13.
- Lo Russo, G. (1995). *Hombres y Padres*. Madrid: Horas y Horas.
- Martín, J. (1989). «De la falta al símbolo». En: *Lo masculino y lo femenino*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones científicas.
- Miedzian, M. (1995). *Chicos son, hombres serán: cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia*. Madrid: Horas y horas.
- NICHD (National Institute of Child Health and Human Development) (2000). «Factors Associated with Fathers Caregiving Activities and Sensitivity with Young Children». *Journal of Family Psychology*, 14 (2): 200-219.
- Osherson, S. (1986). *Al encuentro del padre*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Percovich, L. (1992). «Posizioni amorali e relazioni etiche». En: *Verso il luogo delle origini*. Milano. La Tartaruga (hay trad. cast. en el libro compilado por Silvia Tuber *Figuras de la madre*. Madrid: Cátedra, 1996).
- Philips, R. (1995). «Una perspectiva sobre la historia de la paternidad». En: *La figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas*, publicado por Gobierno de Canarias, la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y el Centro de Orientación familiar de Canarias.
- Rodrigo, M. (1995). «Las madres ante la paternidad». En: *La figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas*, publicado por Gobierno de Canarias, la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y el Centro de Orientación familiar de Canarias.
- Sullerot, E. (1992). *El nuevo Padre. Un nuevo Padre para un nuevo Mundo*. Barcelona: BSA.
- Tubert, S. (1991). *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*. Madrid: Siglo XXI de España.
- (1997). «El nombre del padre». En: *Figuras del padre*. Madrid: Cátedra.
- (1995). «Maternidad y Paternidad: Aspectos Psicológicos». En: *Enciclopedia Iberoamericana de Psiquiatría*. Argentina: Ed. Médica Paramericana.
- Varenne, H. (1988). «*Love and Liberty*, la familia americana contemporánea». En: *Historia de la familia*, tomo II. Madrid: Alianza.
- Vegetti, S. (1990). *Il bambino della notte*. Milano: Arnoldo Mondadori.
- (1992). «Parole e silenzi nel rapporto madre/bambine». En: *Verso il luogo delle origini*. Milano: La Tartaruga.
- (1995). «Paradossi della Maternità e costruzione di un'etica femminile». En: Gabriella Buzzatti y Anna Salvo, comps., *Corpo a corpo*. Roma-Bari: Laterza.
- Vennemann, J. (1990). «Madre ad ogni costo». En: Emilia Costa (comp.) *La salute psicofisica della donna. Stato della ricerca e prevenzione*, Serie Psiche Salute Società. Roma: Il Ventaglio.

